

Nº 144

MSS 53
304

Teodoro Lorente

Poeta y periodista español (1836-1911) que sobresalió en la poesía castellana y en la valenciana como vate de exquisito gusto y de suave melodía.

Nº 53

NUESTROS GRANDES PRESTIGIOS

TEODORO LLORENTE

CONFESIONES DE SU VIDA Y DE SU OBRA

Donde el autor contesta á un malicioso, relata cómo se improvisó la recuesta de las Confesiones del insigne «majoural» de los felibres valentinos, y termina con una nota sentimental, que por ser justa y estar justificada no ha menester de perdón.

Un malicioso que debe ser muy gran amigo mío y que cree conocerme bien, me ha enviado el siguiente anónimo:

«El mes de Agosto, ha aparecido POR ESOS MUNDOS sin Confesiones de ningún gran prestigio. Eso no ocurrirá solo en dicho mes. Cuantos te conocemos lo predigimos desde que aparecieron las Confesiones de Benavente. Todos te califican de inconstante; yo, no, pues sé que nadie hay más constante que tú... en la inconstancia.»

No suelo traer á colación en mis artículos las cartas que se me escriben con motivo de ellos; pero ahora hago una excepción porque al contestar á tal malicioso, justifico mi conducta ante los lectores de POR ESOS MUNDOS.

A mi regreso de Jaca, quise dar las confesiones de un gran prestigio periodístico y no pude cazar á Moya, que me las tenía prometidas; yo no sé cómo se las ha arreglado él ó cómo me las he compuesto yo, que me enteraba de su presencia en Madrid é iba á verle al día siguiente de haberse largado él á San Sebastián. Le escribía y me contestaba: «Lasemana próxima estaré enteramente á su disposición.» En la semana citada, era yo el que se había metido en un tren, víctima de una dromomanía muy natural en quien teniendo gran afición á los viajes, no ha salido en cuatro años de Madrid.

Lo propio me ha ocurrido con Basilio Paraiso: él y yo, contra nuestra voluntad, nos

hemos pasado el verano como si jugásemos al ratón y el gato...

Siguiendo la inspiración de mi fraternal amigo Augusto Barrado — á quien admiro más aun que como crítico musical, con serlo muy concienzudo, como periodista *verdaderamente á la moderna*, abrí un paréntesis en el plan de esta encuesta de nuestros grandes prestigios y me fui á confesar al ilustre Burell, cuyas vida y obra pretéritas y futuras, sobre todo estas, por afectar al problema capital de España, á la cultura, nos interesan á todos. Pero el ministro, cuando iba á confesarse conmigo, se vió precisado á salir para San Sebastián, requerido telegráficamente por el jefe del Gobierno, y no me aventuré á seguirle.

Las confesiones del originalísimo obispo jacetano, D. Antolín López Peláez que tengo en mi poder, eran muy pocas...

Otro reporter menos escrupuloso que yo, con un poco de imaginación y otro poco de atrevimiento, cosas que no me faltan á Dios gracias, habría enjaretado un artículo sobre cualquiera de las personalidades citadas. Yo no. Habría sido ello faltar á la primera condición que me propuse al emprender esta encuesta sobre nuestros grandes prestigios: la verdad de las Confesiones.

En estas circunstancias, recordé que el Director de POR ESOS MUNDOS y yo habíamos convenido en dar también las Confesiones de los grandes prestigios que viven, casi en el olvido, en un rincón de provincias, lejos del perverso Madrid literario, que no es precisamente el verdadero Madrid intelectual...

Esto ocurría á las seis de la tarde, y á las siete y veinte improvisaba el viaje á Valencia en busca de las Confesiones de Teodoro

Llorente, el *majoural* de los felibres valentinos, el ilustre cronista de la ciudad del Turia, el periodista insigne, y

*el gran hispanizador
de la Musa universal*

como Federico Balart, le llamara acertadamente.

Y el primer maestro mío, pues sus versos y sus prosas nutrieron mi espíritu á la edad en que, si se sabe leer, no se sabe lo que se lee. Quiero con esto decir que mi amor y mi admiración á Llorente, vienen de mi infancia y son como todas las cosas de aquella época dichosa: algo sagrado é indestructible para mí...

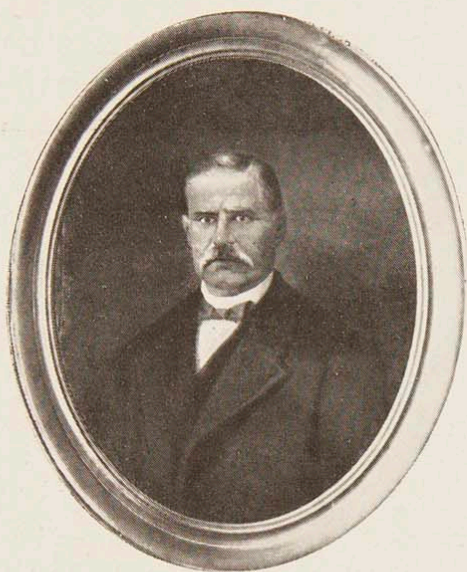
Por eso al tener que hablar de los pres-

*El uno para lo grato;
Para las penas, el otro...*

Luego, al descender del tren, yo que nunca he sentido envidia, la tuve muy honda del más grande poeta que haya habido en el mundo. Hubiera querido serlo para cantar aquel cielo siempre azul y aquel suelo siempre florido, en estrofas divinas...

En vano repetí mentalmente la invocación de la Avellaneda, la adorable y la adoratriz:

*¡Oh, tú del alto cielo,
precioso don al hombre concedido!
¡Tú, de mis penas íntimo consuelo,
de mis placeres manantial querido!*



**D. Felicísimo Llorente y Ferrando, padre
del Poeta**



**Doña María Olivares y Lucas, madre
del Poeta**

tigios regionales, me fui á visitar á Llorente en peregrinación sentimental...

¡Y tan sentimental!

Conforme el tren se aproximaba á Valencia, la ciudad muy querida, cuyo cielo no he visto hace doce años, desde que yo contaba diez y siete; donde transcurrió mi niñez y donde tengo enterrada á mi Madre, noté que el corazón henchido de nostalgias y de recuerdos, iba subiéndose á la garganta y velando mis ojos con lágrimas. ¿De pesar? ¿De alegría?...

Solo sé que los versos del griego Macedonio vinieron á mi memoria:

*Recuerdo y olvido juntos
Sed bien venidos vosotros:*

*¡Alma del orbe, ardiente poesía,
dicta el acento de la lira mía!...*

«¡Yo nunca he tenido lira!» Pensé entonces, con el dolor que los expósitos deben exclamar: «¡Yo no he conocido á mi madre!»

Versos ajenos, de todas medidas y calidades, zumbábanme en los oídos, como si el aire tibio, el perfume de la flores y la luz divina de aquel sol, no fuesen en suma, más que esencias de rimas, suspiros luminosos de las nueve Hijas de Mnemosyne...

Con Nestor, el poeta griego nacido en España á orillas del Ebro, las invoqué nuevamente:

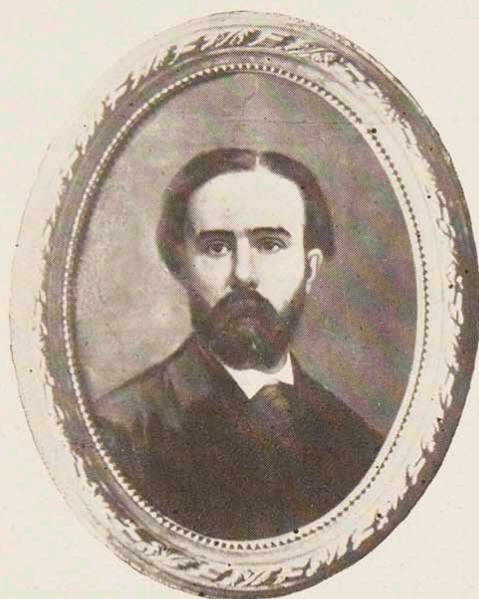
*Musas, haced que vuestras gratas voces,
tan llenas de dulzura y melodía,*

*á mis oídos lleguen; el rocío
esparcid, sobre mí, de esas divinas
heliconianas notas que se escapan
de vuestros labios y encantadas liras...*

Y otra vez, en vano...

Ni una estrofa original se abocetaba en mi mente. Con ardorosa ánsia de tejerla, me anduve largo rato, y conforme iba saturándose mi alma de recuerdos de la época más feliz de mi vida, los versos de Alfonso Alvarez de Villasandino, me servían de consuelo:

*Des que de vos me partí,
lume destos ollos meus.
por la fe que debo á Deus,*



Teodoro Llorente, á los 24 años de edad

*jamás plauer nunca vy,
tan graves cuytas sofry,
sufro, atendo ssufrer
que pos non vos poso ver
non se que sseia de mí...*

No sé como fué... Andando automáticamente salí de la ciudad por la calle de Guillen de Castro. Ya que no sabía rimar mi sentimiento, quise saludar á mi patria con los versos de otro poeta. La memoria aumentó mi tortura, siéndome infiel, pues solo me recordó los de Zorrilla que me sabían á poco y me helaban los labios:

*Jardín de flores
pomo de esencia*

*Eso, señores,
eso es Valencia...*

Nó, nó, Valencia mía, Valencia querida, tú eres más y mejor y vales y representas mucho más para mí. Por eso, como Hoffmann de Tallersleben,

*quiero yo que el canto mío
como la alondra se remonte al cielo...*

...He llegado á un rincón de la Necrópolis...

Como el poeta alemán Vogl, he pensado:

*...Aquí no mora
la buena madre á quien mi pecho llora.*



Excma. Sra. D.ª Dolores Falcó, esposa del Poeta, de edad de 20 años

*¿Cómo quereis que encierre este rincón
tan breve, de una madre el corazón?...*

Y después, arrodillado, en silencio, sintiendo mucho y hondo, he compuesto mi canción, sin darme cuenta de que cantaba.

Mis estrofas fueron unas flores, unos besos y unas lágrimas...

Meses atrás, leí una anécdota cómica en la que Gustavo Kahn refería cómo los exquisitos Jean Moreas y Paul Adam, pudieron iniciar al público parisien en la naciente escuela simbolista.

El parnasiano poeta de las *Stances Les Syrtes*, las *Cantilènes* y *Le Pelerin passionné*, y el fecundo creador de *Bataille d'Uhde*, *Mystère des Foules* y otras hermosas nove-

verbo simbolista, y con ánimo de darlo a la publicidad, se lo llevaron a la redacción del *Figaro*.

Recibiéles el director, entónces un tal monsieur Marcade, el cual, entre otras condiciones esenciales a quien ha de guiar un gran diario, tenía la de ser sordo, como una mano de almirez, é ignorante como un rústico...

No se arredraron por esto, los jóvenes, y expusieron sus propósitos.

M. Marcade no les oía ú oía con gran dificultad, á intervalos, los pequeños fragmentos del discurso y del manifiesto, que la voz potente de Moréas le embutía por el oído izquierdo. Pero entendió bien la palabra *simbolismo*, y aunque no sabía que pudiera ser aquello ni con qué comerse, su instinto periodístico le hizo ver en aquel vocablo un acicate de la curiosidad de los lectores, un atractivo para el público, y aceptó el manifiesto y lo dió á las cajas de su imprenta...

¿Por qué recuerdo esta anécdota?

Por que tiene un gran parecido con un episodio de mi adolescencia, con una de *las dos primeras* veces que conocí al insigne trovador valenciano.

Contaba yo entonces, doce años. Hace de esto, diez y siete. Había yo roto, jugando á a pelota con mi hermano, el globo de cristal de una lámpara de mi casa paterna, y traté de adquirir otro sin que los autores de mis días nos abatanasen al advertir el desaguisado. Hicimos un arqueo en nuestros bolsillos, que arrojó por todo capital unas seis pesetas. El globo costaba diez y seis. ¿Qué hacer?

—Oye—me dijo mi hermano, que admiraba mi arte de hacer comedias para nuestro teatro de juguete. Por qué no *haces* un cuento y lo llevas á *Las Provincias*? Dicen que D. Teodoro es muy bueno y protege á los literatos incipientes...



Retratos de Queral y Llorente. Año 1825. Dibujo de Juan J. Zapater

Inspirada por el Espíritu Santo, me pareció la idea, y la llevé á cabo...

—¡A ver! Vés en una corrida á comprar diez céntimos de papel de barba—dije á mi hermano.

Media hora más tarde, mi hermano con clara letra inglesa me había puesto en limpio el cuento.

Creía yo entonces que una cuartilla literaria había de ser como las planas caligráficas de la escuela: sin borrones ni tachaduras.

Enseguida, aprovechando la estancia de mis padres en el teatro, me evadí de mi hogar, camino de mi puerto de salvación.

—Yo se lo digo bien claro—iba pensando, seguro de que llevaba una maravilla literaria—Perdóneme V. que le diga que mi satisfacción por admitirme V. el cuento—yo lo daba por admitido—y la honra de verlo publicado en *Las Provincias*, son muy grandes, pero... yo necesito que me lo paguen,—asi, eufémicamente—por que... Nó, que es para comer, no lo digo... ¡Ea! la verdad, por que si no me dá V. diez pesetas, mi papá me atiza una felpa... Yo, en cambio, le haré á V., cuando haya salido de este atranco, un

cuento más bonito que éste todas las semanas...

Repasé *in mente* y de nuevo mi discurso, y cerciorado de haberlo bien aprendido, subí á la redacción.

—¿D. Teodoro Llorente? — Pregunté.

Un señor de quien luego supe que se llamaba Epila, que á mí se me antojaba muy alto, y del cual puedo hoy decir á ciencia de lo que hablo, que es uno de nuestros más entendidos críticos taurinos, me condujo á una salita donde había dos mesas: en una, junto al balcón, el insigne director del periódico; en otra, un señor de quien no recuerdo en este momento más que su silueta arqueada, su calva casi caída sobre las cuartillas y su escribir nervioso y rápido. ¡Diablo, cómo vomitaba tinta aquella pluma! En un rincón, dos señores hablaban en voz baja.

Miré azorado á todas partes... Allá al fondo, al otro lado de la antesala, se veía una mesa larga, muy larga y muy alta, donde los redactores escribían ó leían á la luz de varias lámparas alineadas, con pantalla verde...

Antes de que D. Teodoro acabara de preguntarme el objeto de mi visita, el Sr. Epila, me dijo:

—Hable usted un poco alto porque es un poco duro de oído.

D. Teodoro me miraba con esa expresión de desconfianza y de malicia que ponen los sordos. ¡Ah! Y muy serio...

¡Diablo! Con la seriedad ni con la sordera no había contado yo...

Fuí menos valiente que Moreas y Paul Adam...



Teodoro Llorente en 1866

Me azoré... y no supe que decir ni qué hacer. ¿Enseñar mi cuento delante de aquellos señores, que seguramente, se habían de burlar de mí? Primero me ahorcan. Decir que mi cuento era el escudo de una paliza, el pararrayos de la ira paterna? Un literato— y nunca me he creído serlo más que en aquel solemne momento de mi vida — no dice que le pegan más que los críticos y los envidiosos...

—¿Qué?—me preguntó mi hermano, así que me vió volver.

—Vé poniendo á curtir las posaderas— fué mi contestación—Mañana nos las tunden... No he sabido decir á D. Teodoro más que me dejase ir por las noches á aprender el arte periodístico, por que le tengo gran afición...

Sin preocuparse de la respuesta de don Teodoro, mi hermano se fué á acostar y cuenta que durmió con las almohadas encima de la cabeza, para no oír la diana con que nuestros papás habían de despertarnos al notar el estropicio causado por nosotros en la lámpara...

Así conocí á Llorente la primera vez.

Pero aquel conocimiento si era añejo, no me servía, por poco cultivado, pues yo no había vuelto á ver á Llorente. Tenía que entablarlo de nuevo.

Un antiguo amigo y condiscípulo mío, distinguido poeta y secretario de la Sección de Literatura de *Lo Rat Penat*, Severi-



Teodoro Llorente. Caricatura de Folchí publicada en «Las Provincias». Año 1906

no Guastarino y Robba, me resolvió el problema, llevándome á la redacción de *Las Provincias*, y presentándome á su actual director, D. Teodoro Llorente y Falcó, hijo de Teodoro *el Grande*, y también no solo gran periodista, sino notable literato como lo demuestra su libro *Ráfagas del Campo*, de reciente publicación y envidiable éxito.

Al exponerle el objeto de mi visita, que era el de mi viaje, me dió las gracias en nombre de su venerable progenitor, y me manifestó que para verle habría de ir á Museros, que es una de las distintas residencias veraniegas de la propiedad del coronado vate.

—Pues anúnciele usted á su papá—le dije—mis propósitos, y que fije día para recibir el homenaje de mi admiración y mi respeto.

Dicho lo cual, me despedí.

Esto era un lunes. El miércoles, á las cinco de la tarde, el director de *Las Provincias* me esperaba en el puente provisional de la Sociedad valenciana de tranvías, para tomar el tren de Museros.

Manos amigas fueron saliéndome al paso y entreteniéndome para estrecharlas, me hicieron llegar al punto de la cita cuando ya el tren había partido.

Hubimos de tomar el tranvía.

Al pasar por el puente de Serranos, eché

una mirada al río... y me acordé de Gaspar Gil Polo, el cual si hubiese visto entonces el Turia, seguramente habría dejado en el tintero la primera quintilla de su *Canción de Nerea*.

*En el campo venturoso
donde con clara corriente
el Guadalaviar hermoso,
dejando el suelo abundoso
da tributo al mar potente.*

¡Menguado debía andar y no potente el Mediterráneo, si esperaba su tributo! Enjuto, como las arenas del desierto, estaba el cauce del Guadalaviar...

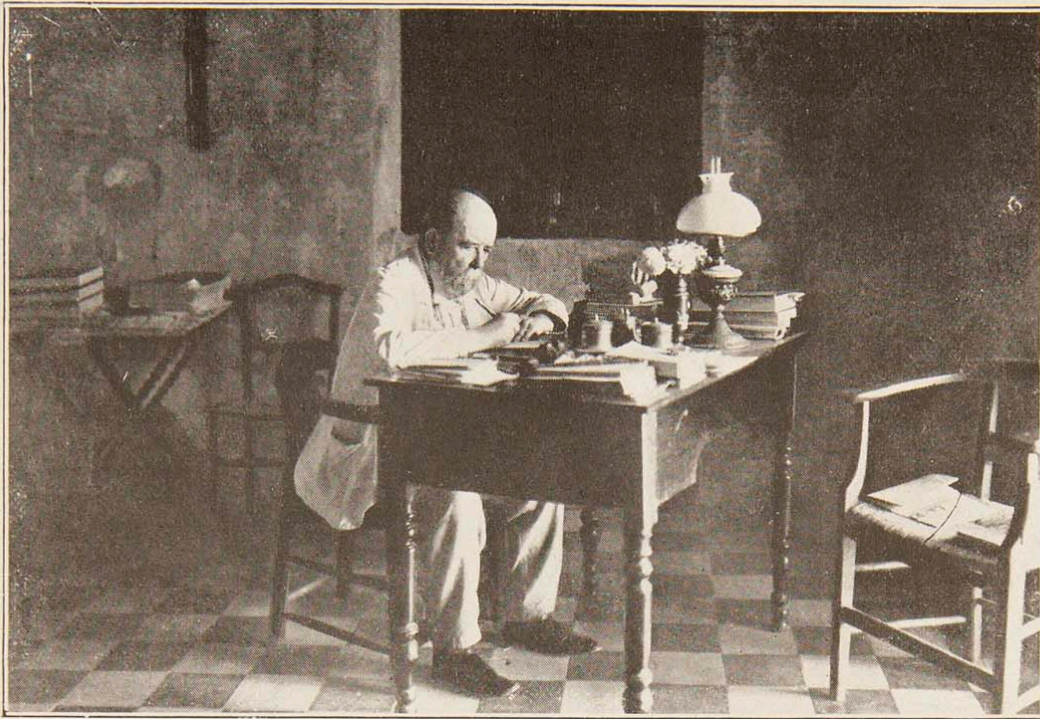
Valencia quedaba atrás...

Al llegar al *Barranc de Carraixet*, me impresionaron un punto dos edificios que colocados el uno frente al otro, á los lados de la carretera, encogen el corazón de todo viajero, y parecen enlutar el verde esmeraldino de la exuberante huerta y contener el estallido de alegría de sus vergeles. Eran dos cementerios: el *dels ajostisiats* el *dels que moren de desgrasia*...

...Polvorientos como si nos hubiésemos revolcado en la carretera, nos apeamos del tranvía. Nos internamos por una senda, entre campos verdes, cruzamos un paso á nivel, y penetramos en Museros por una ca-



El Poeta, viendo jugar á sus nietas en el huerto de Museros. De izquierda á derecha, Doña Josefina Llorente con su hija Catalina y su esposo D. Honorato Berga; D. Pascual y D. Teodoro Llorente, director de «Las Provincias»; el cronista de Valencia y su esposa, teniendo sus rodillas á «Finita», y saltando á la comba en el centro á Irene



Llorente, en su modesto cuarto de estudio de Museos, trabajando en la traducción de «Los poetas franceses contemporáneos», próxima á publicarse

lleja donde los chiquillos, entre montones de cebollas, parecían jugar con esteras de oro...

—Entraremos por la puerta falsa, me dijo mi cicerone é introductor.

A la misma, nos esperaba D. Pascual Llorente, el mayor de los hijos del poeta.

—Ya están aquí—dijo.

Entramos... y reconocí el huerto... Háblalo visto ya en una poesía de su propietario:

*Tengo lector en mi casa,
un huertecillo que está
entre merce y señoría
entre jardíe y corral.
Cincuenta metros cuadrados
poco menos poco más:
parque, parterre y glorieta,
gallinero y palomar;
arriba, sol y aire libre,
abajo quietud y paz.
Muchas hojas, algún nido;
¿qué mayor felicidad?*

Allí, cerca, en un banco, estaba sentado el poeta, al lado de su amante esposa, una viejecita muy simpática, de ojos azules, pelo entrecano que aún conserva algo del tono

aurífero de otro tiempo; de andar encogido, con el busto ligeramente encorvado. Frente á ambos, su hija D.^a Josefina de Berga. Y correteando ante él, como bandada de mariposas blancas, sus nietecitas, vestidas con delantales limpiísimos como el ampo de la nieve...

Trabajosamente se levantó el poeta y se dirigió á nosotros con tiesura rígida y andar isócrono, ligeramente atorerado y un poco... si no pareciera irreverente la comparación, al estilo del maleta valenciano Garrufo, que hacía las delicias de mi adolescencia...

—¡Caramba! Está usted muy bien—le dije, satisfecho de verle en buen estado de salud, cuando mis noticias eran de que aquel era deplorable.

—Sí, ¡hum! — me dijo—. Estoy bien. Pero muy viejo.

—No, usted no tiene derecho á llamarse viejo, mientras siga usted en tratos con las musas. Diga usted como Anacreonte:

*Tengo edad, ya lo se, más no soy viejo...
pues, aun danzo á los sonos de mi lira...*

De la garganta del poeta salía un sonido gutural indefinible, mezcla de estertor, de arrullo de paloma, de gemido y de grazni-

do, un sonido gutural capaz de poner nervioso al temperamento más linfático. ¡Grmm! Grmm! ¡Grmm!

Yo proseguí:

—Como Anacreonte, puede usted decir:

*En ver que uno es ya viejo,
¿acaso no se goza?*

—Sí, ya me ha dicho Teodorito... — Me dijo, señalando al joven director de *Las Provincias* — lo que usted quiere. Muchas gracias...

—Hable usted más fuerte — me dijo entonces el aludido — porque no oye bien...

¡Maria Santísima! Con el azoramiento de las presentaciones había olvidado que iba a habermelas con un sodo... dermayor cuantía, aunque él no lo crea, como se verá por una confesión suya consignada más adelante en este mismo artículo.

Para salvar tan grave escollo, le dije al poeta:

—Para evitarle a usted el esfuerzo de escuchar, yo le traeré un cuestionario y con él en la mano, usted, me irá dando sus Confesiones.

—¡Dice que te traerá un cuestionario! — tuvo que agregar á voces Teodorito, que desde aquel momento fué eficazísimo auxiliar mío, tanto, que sin él todavía no habría acabado la encuesta.

—¡Ah! Bueno — Contestó el gran D. Teodoro...

Y en enseñarnos su casa y su huerto, en hablar de la preparación de fotografías, en convenir la hora á que habíamos de vernos al día siguiente, en tomar un delicado refresco y en tratar de otros menesteres que con otra personalidad de más fino oído, ha-

bría sido cosa de media hora, se nos fué la tarde y hubimos de marcharnos á la estación, pues era la hora del último tren y el recuerdo del polvo tragado á la ida me inspiraba horror al tranvía para la vuelta.

Fuíme pues, con Teodorito, á quien designaré en adelante por este diminutivo cariñoso, tanto por que así se le conoce y diferencia de su ilustre padre, cuanto para significar el afecto que su sencillez, su seriedad, su talento y su agradable trato, supieron inspirarme.

Y al bajar del tranvía la Glorietta y el Parterre, el aire estaba tan perfumado que me creí sumergido en un baño de esencia de jazmines...

II

Donde leyendo la historia de la infancia y la adolescencia del mestre en gay saber, objeto y sujeto de esta crónica, se puede deducir que para el medio sirve mejor una buena aguja de marcar que una carrera estudiada con sobresaliente aprovechamiento.



Un momento de la «interview»: Teodoro Llorente esforzándose para oír al «Bachiller Corchuelo», que le habla á gritos (actitud muy suya)

En uno de los andenes de su hermoso huerto, bajo un dosel de flores, nos sentamos el Poeta y yo. Al lado de aquél, Teodorito quedó de pie, dispuesto á servirme de intérprete. Pascual, el otro hijo varón, se había sentado en tierra.

Por entre la arboleda se oía, allá arriba, gorjeos de pájaros, y abajo, allá lejos, los gritos de las niñas que jugueteaban.

Alargué mi cuestionario al poeta. Para halagarle, lo había encabezado con estos versos:

*Al muy ilustrado, ssotyl dominante
Que saca las cosas ffondo del abismo*

*Al rímico punto muy más que gracismo
En todas las artes maestro bastante;
Al muy evidente de dulce semblante,
Purífico, casto; muy alto poeta
Al noble fidalgo, persona discreta
le fago pregunta por ser disputante...*

Sonrió él, enarcando las cejas por cima de sus lentes, que no se quita ni para dormir, soltó dos ó tres veces su gemido, y dijo con la seguridad de quien todos los versos le son familiares.

—¿Son de Juan Alfonso de Baena, *verdat*?

—Sí, señor.

Miró el cuestionario y comenzó así con marca disimo dejo valenciano.

—Nací el 7 de Enero de 1836 en Valencia, en el número 23 de la calle de Serranos.

—La casa que es hoy de Socorro—añadió Pascual.

—Fueron mis padres, D. Felicísimo Llorente y Ferrando y D.^a María Olivas y Lucas. Eran valencianos, pero oriundos de la Rioja. En el siglo XVIII y principios del XIX, ya hubo un Antonio Llorente, natural

de un pueblo de la Rioja, que fué secretario de la Inquisición, y que se hizo célebre por haber escrito un libro famoso titulado: «Historia de la Inquisición», del que esta salía muy mal parada. Este D. Antonio Llorente era de familia aristocrática...

Sin dar en apariencia gran importancia á la cosa, Pascual intervino para decir:

—Nosotros venimos de linaje noble, del

tiempo de Enrique IV. según noticias veraces.

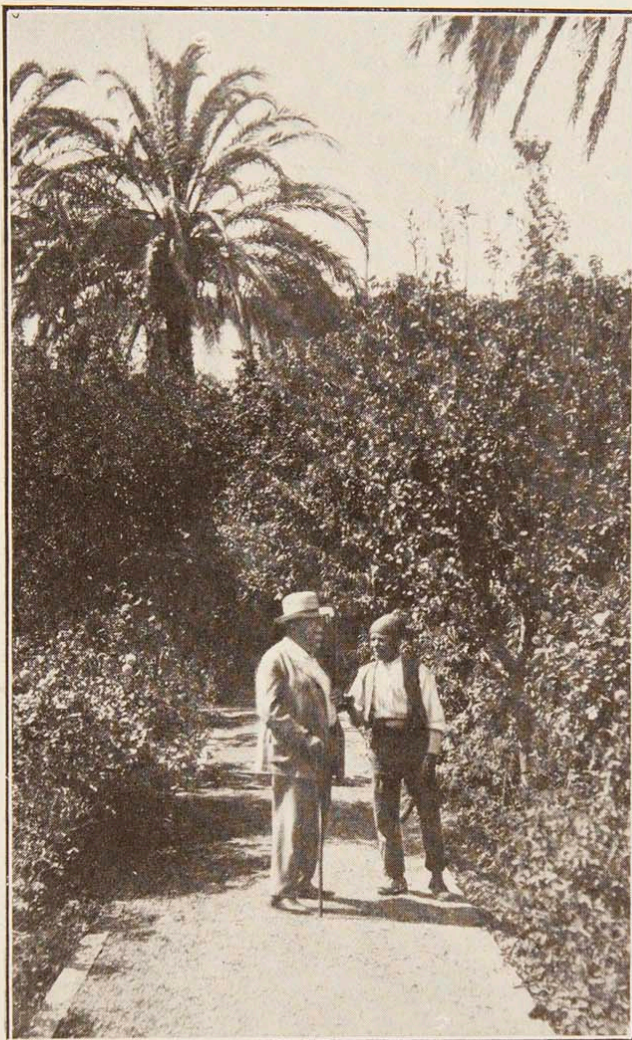
Muy lentamente, tanto que yo muchas veces, tenía que aguardarle á que acabase los párrafos, el poeta prosiguió:

—Mi abuelo, que fué abogado y empleado en Hacienda, les dió carrera á todos sus hijos, pero nó medios de fortuna. A mi padre lo hizo también abogado, sin considerar

que no tenía afición á la carrera, como demostró abandonándola, después de concluida, para dedicarse á la Agricultura, en tiempo que el cultivo y las plantaciones de naranjales tomaban incremento, con lo cual obró muy cuerda y valientemente, pues pudo labrarse una buena posición. Mi padre fué liberal moderado, convencido y constante en su ideal; opuesto al de los llamados progresistas: fué teniente de cazadores de la Milicia Nacional y ejerció el cargo de teniente de alcalde...

Su lentitud de palabra que más parecía dictarme, y el estertor ó gemido que salían de su garganta antes de cada frase, me iban poniendo nervioso por momentos.

—El año 36, la guerra carlista motivó que cada semana, una compañía de milicianos fuese á guarnecer el castillo de Murviedro, hoy Sagunto, y en la actualidad inutilizado. Mi padre, como teniente, fué un día allá, y al regreso se encontró conmigo que acababa de nacer. Y cuentan que me cogió y que después de mirarme dijo á mi ma-



Llorente, agricultor, dando instrucciones á su hortelano de Museros

dre: *Mariquita, ¿saps que el chic es rou lletget?* (1)

Ya vé usted que impresión le produjo á mi padre. Tanto él como mi madre eran católicos fervorosos, como lo ha sido y lo es toda mi familia y como lo eran entonces casi todos los españoles. Al tratarse del nombre que había de ponérseme, mi padre, siguiendo la costumbre de dar el suyo al primer hijo, quiso que se me bautizara con el de Felicísimo. Como ya se les había muerto otro hijo con este nombre, mi madre vió un mal augurio en este deseo y se echó á llorar. Entonces, mi padre, dijo: *Bueno, chica, no t' apures. Li posarem el nom del sant del día, y en pau.* Miraron el calendario. Era el día de San Teodoro, y me dieron este nombre helénico que significa: *Don de Dios.*

—Mira, una cosa que ignoraba yo—añade Pascual—por qué te pusieron Teodoro...

—Mi madre—prosiguió el poeta—me enseñó á leer en casa. Luego fui á un colegio particular, cuyo maestro se llamaba D. Salvador Suay, en una casa más conocida por la del Padre Huérfanos, que era una institución antigua. Fui aplicadísimo. Mi maestro se hacía cruces de mis adelantos y decía: *Este chico vá á ser una gran cosa.* Yo era muy pacífico y todos decían que parecía un hombrecito. No era travieso ni bullanguero, sino serio y retraído y con un ansia extraordinaria por aprender. Yo no supe nunca ninguna clase de juegos ni bailar la peonza, ni jugar á la pelota ni nada... Desde muy niño me pasé todo el tiempo estudiando. Yo conservaba, y siento haberla perdido, por que se habría asombrado usted, una lista de los libros que leía. Cuando volvía de la escuela, en una galería que daba á un patio me ponía á leer, mientras ha-

bía luz. Cuando esta se me acababa, en vez de irme á corretear, me quedaba con el libro entre las rodillas mirando á las estrellas ó la luna ó cómo se hacía de noche. De eso me acuerdo muy claramente. Parece que estoy viendo aquello...

En vista de la premiosidad con que hablaba, y de que parecía dormirse entre frase y frase, le rogué á Teóдорito que llamase la atención de su padre para que no esperase á que yo tomara mis notas. El poeta, al sentirse tocado en el codo, se volvió y preguntó:

—¿Qué?

—Que avives, que no le aguardes á que escriba...—dijo Teodorito con su voz gruesa y pastosa.

—Bueno—replicó el vate, y reanudó su discurso:—Mi temperamento era nervioso. Un profesor mío, que era médico, decía que yo era un manojito de nervios.



Teodoro Llorente tomando nota del arco de Cabanes, para su libro "Valencia, sus monumentos é historia"

(1) *Mariquita, ¿sabes que el niño es bastante feuchó?* Traducción del A.

—Eso lo he heredado yo—dice, suspirando con tristeza, Pascual que padece mucho del sistema nervioso.

—Yo era reservado, muy poco expansivo. Miespíritu, ya entonces, era poético, pero tardaron bastante en impresionarme los versos. En la asignatura de Retórica, que la estudié como la de aritmética, obtuve la nota de sobresaliente. Entonces empecé á hacer versos, pero como tema de estudio, para los que me inspiraba en la Naturaleza, cuya contemplación, á los seis años, me impresionaba ya extraordinariamente. Ahora mismo, yo no sé ir de aquí á Valencia, leyendo ó conversando; tengo que ir mirando el paisaje, observándolo todo, un árbol, una planta, una flor. Mis lecturas predilectas eran las de viajes: recuerdo que los de Cook hacían mis delicias. Pero, como tenía más de imaginativo que de hombre de acción, aquellas lecturas me dejaban satisfecho, como si hubiese visto los países descritos, y no sentía tentación de visitarlos. Este amor á la Naturaleza me hizo cobrar gran afición á las ciencias naturales. Yo que nunca la he sentido por las colecciones, tuve entonces un pequeño museo de Historia Natural. De esta ciencia hubiese sido muy á gusto profesor... O también pintor paisajista.

Volví á encargar á Teodorito que acuciase á su ilustre padre. Este aceleró un poco su charla, después de un visible esfuerzo:

—Como otra asignatura cualquiera estudié la Literatura, pero le he de confesar á usted que no me llenaba... Aprendí luego el italiano muy pronto, y ya su literatura me interesó más. *La Jerusalem libertada*, el Ariosto, el Dante, á pesar de no ser muy claros, despertaron mi atención. Me acuerdo que me dejaron las comedias de Goldoni y las de Hugo Fosco, y que se las leí entusiasmado á mi hermano... Después, siendo ya mayorcito, leí las obras de Racine, Corneille, Boileau, y desde entonces todo, todo lo que fuese literatura lo devoraba mi espíritu... Los versos que yo he encontrado míos más antiguos son del 52, contaba yo entonces diez y seis años. De entonces he encontrado también una poesía en que daba los días á mi madre; versos de estudiante, sáficos, adónicos, en estilo clásico, que igualmente que los hice yo, pudo hacerlos cualquier otro que no hubiere de ser poeta más tarde. Entonces tuve la idea de escribir un drama en verso, *Delirios de amor*, completamente infantil; no valía nada, pero á mis padres les pareció una maravilla, y le hablaron á Dardalla, empresario del teatro Principal y amigo suyo, para que me lo estrenara. Vieron sus deseos cumplidos y con éxito, pues

mis condiscípulos acudieron al teatro y me arrojaron coronas... A pesar de este éxito, yo no he vuelto á escribir nada para el teatro...

—Sí, papá—dijo Pascual, celoso defensor de la gloria paterna—escribiste algunas obras con Querol, y otras tú solo...

—Efectivamente—corroboré yo.—Yo he visto lo menos una docena de manuscritos de obras dramáticas, entre originales y traducidas.

—Sí—dijo el poeta—el teatro me tentó pero nó con fuerza. Alguna de esas obras fué hija de un compromiso más que de una afición. Así, obligado por mi amigo D. Tomás Silvestre, capitán de la guardia civil, escribí una comedia... Luego se puso en la Princesa... Casi no recuerdo... Lo que sí sé es que yo no fui al estreno... Era una cosa insignificante...

—Teodorito, por Dios.—exclamé yo—que va muy despacio.

Al aviso de su hijo, D. Teodoro volvió á hablar con más apresuramiento:

—En la Universidad, en mi clase, éramos cuatro los que figurábamos en primer término, por nuestra aplicación y por nuestro aprovechamiento. Trinitario Ruiz Capdepon, que ha sido ministro; Bienvenido Oliver, que se jubiló de Director general de los Registros, y Gerardo Estellés, que era muy aplicado é inteligente, pero que cuando acabó la carrera se hizo agricultor. Silvela quiso una vez que Estellés representase en el Congreso á los vinicultores... De los cuatro, Oliver, Estellés y yo, aunque seguimos la carrera con mucho lucimiento, no le teníamos afición, la considerábamos inferior á otros estudios más generales. Capdepon, en cambio, aunque sabía menos que nosotros la tenía en más estima, pues decía que era á propósito para medrar en política. Y no se equivocó, pues agarrándose á los faldones de Sagasta llegó á ministro, más por aquellos que por su valía, con no ser esta escasa. Esto que entonces nos tenía sin cuidado, nos ha dado la enseñanza de que el estudio desinteresado no sirve tanto como la aguja de marear...

Otra seña mía á Teodorito, el cual dió un cariñoso y leve empujón en el codo al maestro. Este volvió á hablar:

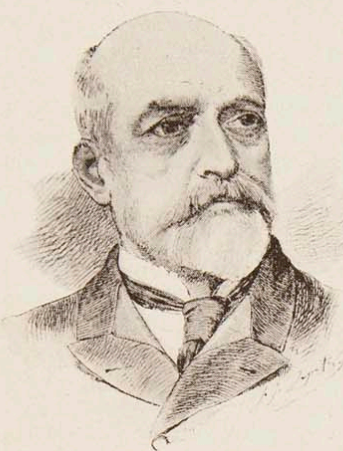
—Mi padre me traía libros que le dejaban sus amigos. Así leí *El triunfo de la religión cristiana*, que á las pocas páginas me encantó. Ninguna lectura me había impresionado hasta entonces como aquella. Chateaubriand, era para mí, el más grande escritor del mundo. La literatura francesa la conocí gracias á Aparici Guijarro, que debía ser tan

famoso literato como célebre orador fué, pues desde que murió Arolas hasta que nació Wenceslao Querol, Aparisi fué el mejor poeta valenciano. Yo le conocí con motivo del estreno de mi drama *Delirios de Amor*, que se representó solamente dos ó tres veces, pues la entrada en Semana Santa obligó á suspender las funciones teatrales. Salía yo de oír el *Miserere* de la Catedral, cuando encontré á Aparisi y Guijarro, el cual habiéndome en valenciano, como solía, me dijo: *chiquet, ¿con que has fet una comedia? Vine en mi...* Y yo cogido de su brazo eché andar lleno de orgullo; aquel paseo, en compañía de tan famoso ingenio, me satisfizo mucho más que el éxito del teatro. Desde entonces Aparisi me mostró grande es-

nos dejó deslumbrados: poesía lozana y exuberante brotaba en todas sus páginas, y había en ella versos tan valientes y gallardos como las siguientes octavas reales:

*Sobre ardiente caballo del desierto,
De vagorosa crin, que al viento flota,
De qualdrapas finísimas cubierto,
Y que tascando el freno, rauda trota,
Un caballero vá, tal vez incierto
Su pensamiento vaga, pues se nota
Tristeza oculta en la mirada ardiente
Do brilla el fuego que en el pecho siente.*

*Chocansus armas contra el temple puro
De la armadura; la robusta lanza
Con hierros de Milán, de acero duro,*



D. Bienvenido Oliver



D. Manuel Danvila



D. Trinitario Ruíz Capdepón

Tres valencianistas ilustres, condiscípulos del poeta Llorente

timación. Cuando yo iba á su bufete, le advertía al pasante que no le molestase nadie; que dijese que estaba atareadísimo en una consulta importantísima... *¡Es tan pesá eixa chent*, decía, refiriéndose á los litigantes, y se encerraba conmigo y empezaba á leerme versos.

Entonces tenía yo entre otras amistades una que fué más bien cariño fraternal, la del célebre poeta Wenceslao Querol, á quien conocí por cierto de un modo muy curioso y digno de referirse. Habíamos instituido mis compañeros de Universidad y yo una especie de academia literaria que celebraba frecuentes certámenes en los que el tribunal era presidido por mí. *La expulsión de los moriscos* fué el tema dado en uno de aquellos concursos para construir con él una leyenda en verso. Entre un farrago de composiciones insulsísimas, apareció una, que

*Lleva en la cuja; presuroso avanza;
A su alazán impele, que seguro
Sobre las quiebras rápido se lanza,
Y mira en torno y apresura el paso:
Vengauza busca en su furor acaso.*

Embelesados con la lectura de estos versos, acordamos honores extraordinarios al poeta vencedor, y resonó su nombre en todos los ámbitos de la Universidad. Pero, ¡oh sorpresa!, al día siguiente, corría con igual celeridad, siniestro rumor. Susurrábase que la poesía no era original del autor que aparecía premiado. Indignéme aquella suposición; juzguéla calumniosa, y quise saber quien era el malandrín que pretendía usurpar ajenos lauros. Dijéronme que se llamaba Querol. ¿Querol? No había oído aún aquel nombre. Señaláronme al sujeto en los patios de la Universidad: era un muchacho de mi

edad, pálido, delgaducho, de aspecto enfermizo, con la frente despejada, los ojos grandes y algo saltones, el mirar entre vago y altivo, el labio desdeñoso, el cabello lacio y largo, como lo llevaban Espronceda y Zorrilla en sus buenos tiempos, el traje enteramente negro; tipo de artista ó de poeta. Pero tan mal prevenido lo miraba que me pareció un facineroso; dirigime á él; habléle airado; contestóme altanero. Iba á acabar el encuentro en mal; mediaron otros, aclaróse lo ocurrido: el poeta premiado por el tribunal *infalible* no era ni más ni menos que un plagiarlo; en cambio, el muchacho pálido y delgaducho, el de la lengua cabellera á la romana y la negra vestimenta, era el verdadero autor de los aplaudidos versos. Desde entonces y para siempre, Vicente Wenceslao Querol fué mi mejor amigo. Por aquel tiempo Querol y yo empezamos á traducir los poetas extranjeros.

—¿Sabían ustedes otros idiomas que el patrio?

—¿Que si sabíais otros idiomas? —dice Teodorito, á voces.

—Nó. Tradujimos el *Chid Harolds Pelegrinaje*?

—Y ¿cómo, no sabiendo inglés?

—Con un diccionario en la mano.

Tarde hubo que no pudimos traducir dos docenas de palabras... Por entonces, convencido de que aquello de los sobresalientes era cosa de pipirijaina, empecé á ser literato de veras. Vino á pasar un estío, en el Cabañal, Carolina Coronado, y nosotros íbamos á hacerle tertulia. Le leímos nuestra traducción del *Haroldo* y nos tentó á que lo publicásemos.

Lo hicimos en el folletín de *La Opinión* y tiramos unos cuantos ejemplares. También publicamos versos en periódicos de poca importancia... Corría el año 58, y con motivo de la venida á Valencia de la reina Isabel había hecho amistad con Pedro Antonio de Alarcón, que hacía el mismo viaje en representación de un periódico madrileño. En dicho año, me trasladé á Madrid, á estudiar el doctorado. Gracias á Alarcón, publique, gratis por supuesto, mi traducción de las *Poesías selectas* de Víctor Hugo, precedida de un prólogo de Emilio Castelar. Recuerdo que la alegría de ver mi primer libro impreso, se desvaneció en seguida, pues aparte lo pobre de la edición y la abundancia de las erratas, eran mis versos bastante incorrectos, y comprendí que había hecho mal en darlos á la imprenta. También recuerdo que la crítica se *metió* con el prólogo de Castelar, y me elogié mucho en vez de *pegarme* decían del gran tribuno que no tenía;

el don de comprender y sentir la poesía ó por mejor decir, los versos...

El año 1860, cambié mi vida por muchos conceptos. Me había doctorado en Derecho; después de cuatro años de amores tranquilos, me casé, que fué el mayor acierto de mi vida, por que he sido completamente feliz en mi matrimonio. Nuestros amores han sido tranquilos y suaves, conformes con mi temperamento y mi carácter.

—Lo creo,—pensé yo—tienen que haber sido así, en el que tradujo de Verlaine aquellos versos:

*...Sienta bien á la amante muchas veces
la ternura tranquila de una hermana...*

Y en el que compuso aquella poesía titulada: *No te pido románticos amores...*

—Toda mi preocupación, prosiguió el maestro—era ésta: ¿Qué iba á ser yo? La carrera, terminada con sobresalientes, no me entusiasmaba ni mucho menos. Mejor dicho, me repugnaba. Esto no obstante, ejercí la abogacía. Defendí por turno, y ¡ay! nunca he tenido menos tranquilidad de conciencia que entonces. Como mis defensas me tocaban por turno, tuve que hacer las de algunos malvados. Leyendo las actuaciones, yo pensaba: *pero mi defendido merece tantos años de presidio, y me obligan á defenderlo*. Y si mi defensa lograba un éxito, y era absuelto el procesado que merecía condena, cuando me daban plácemes mis amigos, yo me quedaba pensando: *Yo he hecho una mala acción, y me felicitan por ello*. Como ganar, no ganaba un céntimo... No recuerdo haber recibido en premio á mis éxitos forenses, más recompensa que dos fúlicas y un pato que me regaló un barquero de la Albufera; un cazador furtivo, ¡granaña redomado! á quien logré que absolvieran de no sé qué fechorías...

Tuve compasión de D. Teodoro, que con el esfuerzo mnemotécnico, la emoción de recordar otra época dichosa y la larga conversación, estaba visiblemente fatigado, aunque él se esforzaba en convencerme de lo contrario, y suspendí la recepción de las *Confesiones* por aquel día.

En vista de que adelantábamos muy poco, se acordó que yo fuese, al otro día por la mañana, con el fotógrafo, y que comiese allí con lo cual tendríamos unas seis horas disponibles para nuestra tarea.

Y como era ya muy tarde, Teodorito y yo tomamos el tren y regresamos á Valencia, cuando

*La noche, apoderándose del cielo,
entenebrece su ámbito profundo,*

*y su manto de negro terciopelo
cubre la muda soledad del mundo,*

sugún escribió Leconte de Lisle; sin duda, en una estación en que no había grillos que hicieran sonar la música cascabelera de sus hélitros, ó en un país donde no hubiera huertanos, que al regresar á su barraca, hicieran llegar á las estrellas las melancólicas notas de la jota valenciana...

III

Comida en casa del poeta, y aprendizaje de la verdad de esta paradoja: que una equivocación trae encadenadas otras y que muchas juntas llegan á formar una gloria, cuando el equivocado es hombre de mucho seso, tino y amor patrio.

A las once salíamos otra vez de Valencia. Esta vez acompañados de Gómez Durán, el fotógrafo artista, corresponsal de *Nuevo Mundo* y por ESOS MUNDOS. Excusado es decir que Teodorito Llorente nos acompañó también, y conste que desatendiendo obligaciones suyas, y que lo hizo tanto por amor á su padre, cuanto por darme una prueba de compañerismo que nunca le agradeceré bastante, pues, sin él, repito que á estas horas aun estaría yo confesando al exímio cronista de la ciudad de las flores...

Ya el hispanizador de la musa universal, nos esperaba á la puerta de su huerto, lanzando su persistente y azorante quejido nervioso.

—¿Qué hacemos me preguntó?

—Primero las fotografías—contestó Gómez Durán.

—Me parece muy bien—advertí yo—pero como aborrezco las fotografías apañaditas y ensayadas, y como en cambio quiero que tengan calor de vida real, el amigo Gómez Durán me hará el favor de coger su máquina y acecharnos, mientras yo prosigo la *interview* con el poeta.

—¿Qué?—preguntó este, que no se había dado cuenta de nada, á pesar de haberlo yo dicho en tan alta voz que debieron de haberse enterado en el castillo del Puig.

Fortuna no escasa fué esto, porque así pudimos obtener una fotografía que dá idea de las facilidades de oído que ofrece el gran D. Teodoro para una *interview* de mucha prisa y de mucha reserva...

Sentóse él en un banco de la plazoleta del huerto y quedé yo, á su izquierda, con un pie sobre el banco y el carnet de notas sobre la rodilla. Le hablé esta vez sin intérprete. Gómez Durán disparó una placa... Creo que no necesito más explicaciones...

Llegó en esto á hacerle una consulta, el hortelano, un perfecto tipo de *llaurador* de esta vega valenciana, y los dos se fueron hacia un rosal, y en él, emprendieron una discusión tranquila, que el fotógrafo aprovechó también para impresionar otra placa en donde parece que D. Teodoro, para desvirtuar el efecto de alguna equivocación suya y apagar los humos de sapiencia agrícola de su interlocutor, dice á este:

*...Vos sabredes en Oviedo
faser natas de Mohedo
ó cojer cerca Merlyna
las bellotas del ensina
orar en grand bohedo
con abarcas de masedo,
más fablar con maestría
melodía
con donayre singular,
por el arte del rimar,
yo sabría...*

Mientras se preparaba la comida, proseguimos la *interview*. Y esta vez Teodorito mi buen ángel tutelar se nos acercó para velar por mí.

Una idea me preocupaba con persistencia y tortura de obsesión, una idea que no era para lanzada á los cuatro vientos ni para hecha á gritos... Sabido es que todos los poetas tienen fama de haber sido grandes amadores y amados con locura... ¿Entre los recuerdos del gran poeta, no había algún idilio interesante, alguno de esos episodios que, cuando se avanza en edad, se califican de aventura sin perjuicio de recordarlo con fruición y con deleite, algún amor rápido, algún amor siquiera de esos que, como ha dicho el inmenso Benavente, *son el principio de una novelita, de una de esas novelitas que no se desenlazan nunca en la vida; que dejan un «se continuará» en el corazón, así entre esperanza y recuerdo, entre dulzura y tristeza... un «nunca, nunca» que por ser tan nunca es para siempre; un amor de esos que son como los niños que mueren, que no dejan más recuerdo triste que el de su muerte...?*

Creía que yo, sin contar en el *haber* ó el *debe* de un alma, con un amor de estos, no se podía ser verdadero poeta; figurábame que se podría ser un excelso rimador, pero lo que es un poeta...

Un miedo á incurrir en indiscreción, me asaltó, al ir á preguntar al poeta sobre aquello, pero me lo desvanecieron las palabras del insigne Rodríguez Marín, á propósito de las cartas amorosas de la divina Avellaneda: *Esto que á nadie interesa, por lo que toca*



Grupos de socios ilustres en su mayoría, de Lo Rat Penat en 1881. De izquierda á derecha se vé, en la fila superior á los Sres. Lladró, poeta, Reig y Flores, Regal y Llorente, Berga, So: in, Montes, Bergón, pintor, y Gargallo; en la 2.ª superior, D. Víctor Iianzo, poeta muy sobresaliente; G. Zahonero, Federico Tormo, Andreu, Tramoyere, Martinez Aloy, cronista de la provincia; Cidón y Salvador; en la 3.ª, Boddria, poeta; Arigo, Ferrer y Bigné, Labaida, Teodoro Llorente, Eduardo Escalante, el famoso sainetero, y Orga; y en la fila inferior Marti Grañales, investigador de los anales valencianos; Puig y Torralba, Oltra, Reig y Flores (D. F.), Hernándeiz, y Peyró, compositor

á las almas insignificantes, interesa á todos, cuando se trata de aquellas superiores que por los gloriosos senderos del arte y de la ciencia llegaron á ser como partes y elementos del alma nacional, porque con ellas y en ellas, todos tenemos cierto linaje de convivencia y condominio...

Limpio de escrúpulo, vertí mi pregunta á la cabeza del cuestionario del día, y para quitar el mal sabor que su lectura pudiera ocasionarle al glorioso narrador, escribí después de ella, los versos de Ferrant Manuel de Laudo, sustituyendo las dos primeras palabras:

*Teodor Llorente amigo,
poeta de grand cordura.
sy vos fablo con mesura
séame Dios bven testigo;
por ende, tratad connigo
blandamente sin furor,
non vos caya en deshonor
lo que á buena parte os digo...*

Pero, como si se lo hubiese dicho verbalmente y entre dientes...

—Empecé á ser periodista, por huir de la profesión de abogado—comenzó, respondiendo á otra pregunta del cuestionario—Se había fundado en Valencia, un periódico progresista titulado *La Opinión*, que llevaba una vida precaria. En 1861 estaba aquí don José Campos, luego marqués de Campos, el cual figuraba en el partido moderado: á los veinticinco años había sido Alcalde de Valencia. Pensó que hacía falta un periódico moderado. Le fué muy fácil adquirir *La Opinión*, y pensó reorganizar su periódico. Al mismo tiempo, le faltaba un secretario para tomar la empresa del ferrocarril de Almansa. Entre los muchachos que descollaban en Valencia, figurábamos Querol y yo. El marqués dió la secretaría á Querol y la dirección de su diario á mi. Lo chocante del caso era que ni Querol entendía de ferrocarriles, ni yo le tenía afición al periodismo. Querol aceptó por que era el mayor de sus hermanos, y se creía obligado á ser el sostén de la familia. Yo, acepté la dirección, por huir el trato de justicias, alguaciles y malhechores. Así como me había hecho abogado por equivocación, por ser algo, me hice periodista por no ser algo que me había hecho. Sin embargo, Querol, que poseía excepcionales aptitudes para todo, fué luego uno de nuestros primeros ferroviarios. Yo, como periodista... Empecé rodeándome de los muchachos que entonces valían algo, y pronto fueron nuestra redacción el centro de la juventud verdaderamente intelectual, y el diario un periódico acreditado y leído por las

innovaciones que traía, pues yo puedo decir sin inmodestia que he sido uno de los innovadores del periodismo español. Todo el avance, que este tuvo más tarde, lo había yo previsto cincuenta años antes. Mi periódico no fué solamente un eco de politiquilla menuda, y de literatura vulgarota y ramplona... Nuestro jefe fué D. Luis Mayans, hombre de grandes pretigios, ministro varias veces y presidente del Congreso. *La Opinión* sostuvo algunas campañas que demostraron la gran valía de sus redactores. A esta redacción pertenecieron Cirilo Amorós y Manuel Danvila, entre otros. *La Opinión* duró cinco años, por que el marqués, su propietario, se estableció en Madrid. Le convenía á sus intereses que *La Opinión* no tuviese color político, y como el diario le servía de estorbo para sus fines, me dijo que quería quitárselo de encima, en compensación de lo cual, me ofreció un puesto en su casa de banca... Irritado por aquella ingratitud al periódico y, en parte, enamorado de mi nueva profesión, no quise aceptar su oferta... Tal vez también influyó en ello, lo poco que yo había simpatizado con él, por que si bien es verdad que hizo mucho por Valencia, no lo es menos que fué con su cuenta, razón y provecho... Era muy fastuoso, parecía portugués... Yo no servía para servirle á él... Yo nunca he sido muy entendido en cuanto al periodismo como negocio, y no fiándome de mis talentos financieros, llamé al administrador y al impresor de *La Opinión*. Me explicaron la situación del periódico: se perdía dinero. Pero me aseguraron que si se ponía empeño y sobre todo, si el diario se volvía independiente, lo veríamos salir adelante... Apoyado por mi hermano Felicísimo, maté, en 1856, *La Opinión* y publiqué *Las Provincias* de tendencias conservadoras, pero alejado de todo partido, lo cual nos permitió darle un aspecto agradable al público, y hacerlo interesante y cuidadoso defensor de los intereses morales materiales y artísticos. Nuestro lema fué: *Ménos política; más protección á todos los verdaderos intereses sociales*. Nació el periódico, y... pero de mis andanzas periodísticas y de otras cuantas interioridades de mi vida que se empeña usted en sacar á luz, hablaremos en otra sesión, porque... ¡grm!... grm!...

Se acentuó el carraspeo, comprendí que la fatiga dominaba al glorioso poeta y levanté la sesión. De lo que me contó Llorente daré cuenta en mi próximo artículo. Anticipo á usted es que es sabrosísimo, y casi, casi sensacional.

EL BACHILLER CORCHUELO

H.097985



TARJETA POSTAL

UNIÓN UNIVERSAL DE CORREOS

(CARTE POSTALE — UNION POSTALE UNIVERSELLE)

ESPAÑA



Al Sr. D. Juan Luis Estelrich.

Capitán del Instituto General y Técnico

Cádiz

En este lado se escribe solamente la dirección.

R. 1320

Valencia 24 de Febrero de 1909.

Amigo Estelrich: Agradecidísimo,
agradecidísimo, a' sus dos hermanos y a
sus hijos continuadores del Diario de Cada.

Recibe un fuerte abrazo.

Un
sempre

Feodoro Llorca



Teodoro Llorente, retrato por Joaquín Sorolla.

© Biblioteca Valenciana Nicolau Primitiu (Generalitat Valenciana)

Migoll-57-c 27